

J.J. BENÍTEZ
ENCUENTRO
EN «MONTAÑA
ROJA»



En su investigación de los ovnis, J. J. Benítez ha conocido a muchas personas que no aceptan el fenómeno o se muestran escépticas a causa de que ningún profesional de categoría los ha visto. Pues bien, en esta obra el autor prueba que los ovnis no sólo son avistados por pastores, labriegos y pescadores, sino también por cualificados profesionales: los pilotos de aeronaves civiles y militares. He aquí, por primera vez, el relato de una serie de pilotos españoles que han tenido sorprendentes encuentros con ovnis y que han presenciado con sus propios ojos uno de los misterios más apasionantes de todos los tiempos.

En 1977, un mecánico de la Compañía Iberia en Arrecife había alertado a casi todas las tripulaciones en torno a la aparición de un objeto muy luminoso que sistemáticamente, cada noche, hacía acto de presencia sobre los montes próximos al aeropuerto. En una de aquellas ocasiones, uno de los comandantes de un «DC-9» pudo ver cómo salían de aquel objeto hasta catorce luces más pequeñas. Y aquella noche, cuando se disponía a despegar de Arrecife rumbo a Las Palmas, entró en la cabina el sobrecargo. Y vieron una luz sobre las colinas y montes cercanos al aeropuerto. Era fuerte, brillante, algo ovalada y tenía forma de lenteja. Lleno de curiosidad, y tras hacer acopio de provisiones, J. J. Benítez se dirigió a «Montaña Roja» en busca de un «encuentro». ¿Qué le esperaba allí, donde, según los lejanos testigos, se posaba sistemáticamente aquel ovni?

A J. M. Portell, que no llegó a conocer esta aventura

UN ÚNICO PROPÓSITO

En mi obstinada carrera tras los ovnis he conocido a muchas personas que no aceptan el fenómeno o se mantienen escépticas porque —según ellas— «los objetos volantes no identificados jamás han sido vistos por profesionales de categoría».

Pues bien, uno de los motivos que me ha impulsado a escribir este libro es mostrarles que los ovnis no sólo son observados por pastores, labriegos o pescadores.

Puestos a elegir testigos, me he fijado en aquellos que —hoy por hoy— son considerados como los «número uno»: los pilotos.

Si existe alguien cualificado para distinguir un ovni de otros fenómenos explicables —meteoritos, aviones, cohetes, satélites artificiales, globos sonda, etc.—, ése sólo puede ser un profesional del aire.

Los propios militares —a la hora de clasificar a los testigos de los ovnis— han situado a los pilotos en el primer puesto, con el sello de «Primera Categoría».

Aunque en la presente encuesta no figura la totalidad de los pilotos españoles que asegura haber tenido algún «encuentro» con estos objetos, creo que la selección es suficientemente demostrativa.

ALGO SUCEDE EN «MONTAÑA ROJA»

Salomé, la siempre dulce y paciente telefonista del periódico, me anunció la llamada, desde Canarias, del comandante Rafael Gárate.

Mi buen amigo Rafa, piloto de un «DC-9» de la compañía Iberia, sabe de mis afanes e investigaciones tras los ovnis. Y no dudó en llamarme a Bilbao.

Tenía una buena noticia:

—¿Puedes venir al archipiélago? —me soltó a bocajarro.

—Pues, no sé. ¿Qué sucede?

—He visto algo extraño.

El comandante Gárate, vasco hasta la médula, es hombre serio, que jamás se habría decidido a dar este paso de no contar con una total seguridad. Así que mi curiosidad —esa inseparable compañera— se despertó al instante.

—... He volado sobre la isla de Lanzarote —prosiguió—, y en las dos últimas noches hemos observado unas luces muy raras.

—¿Luces...? Pero ¿dónde?

—En un cráter apagado. Está situado al sudoeste de la isla. Lo llaman «Montaña Roja». Eran muy intensas y parecían alineadas en el fondo de la caldera. Pensé que podría interesarte.

—Ya lo creo —le respondí entusiasmado—; pero, dime, ¿cómo eran esas luces? ¿Podría tratarse de vehículos o algo así?

—No, no. He preguntado en Arrecife, y en «Montaña Roja» no hay nada: ni casas, ni instalaciones militares. Nada. Aquello está despoblado. Es un lugar desierto. Además, las luces eran demasiado potentes y numerosas. No podían ser faros de vehículos. Creo que debes venir cuanto antes. Podrías descender a ese cráter.

La idea me entusiasmó. Pero al colgar el teléfono volví a la dura realidad. Allí, a pocos pasos de mi mesa, estaba el redactor-jefe: José María Portell.

Y había que convencerle. Para mí, sin duda, aquélla podía ser una buena historia periodística. Además, parecía sencillo. Todo consistía en llegar hasta la cima de «Montaña Roja» y descender hasta el fondo de la caldera. Después, Dios diría.

Recuerdo que era lunes, 12 de junio de 1978. Nadie podía sospechar que dieciséis días después, Portell sería ametrallado por ETA. Cuando me acerqué hasta él, José Mari debió de notar algo en mi rostro. Y sonrió maliciosamente:

—¿Qué has descubierto?

—¿Te interesa una buena historia? ¡En primicia!

Portell sabía escuchar. Su carácter se había templado en los últimos meses. Era como si presintiera algo.

—Hay que volar hasta Lanzarote. Y descender a un cráter. Acabo de hablar con un piloto de Iberia que asegura haber visto unas extrañas luces. ¿Qué te parece?

José María Portell no sentía, ni mucho menos, una predilección especial por el asunto ovni. Pero sabía distinguir. Y reconoció que aquélla, efectivamente, podía ser una noticia de primera página.

—De acuerdo. Pero procura no romperte esa cabeza de chorlito...

Y antes de que pudiera arrepentirse, abandoné la redacción a galope.

Una idea empezaba a brotar en mi mente. Pero al exponérsela a Raquel, mi mujer, no pareció muy complacida. Y no le faltaba razón. Pasar tres o cuatro días, con sus noches,

en la soledad de un cráter, se le antojaba tan absurdo como peligroso. Pero, una vez más, supo comprenderme.

Y ese mismo día despegué de Bilbao, rumbo a Canarias. Estaba decidido: si esas luces descendían nuevamente sobre la caldera de «Montaña Roja», yo estaría allí, y con las cámaras fotográficas preparadas.

VUELO ARRECIFE-LAS PALMAS: «NOS SIGUE UN OVNI»

Tal y como me había adelantado el comandante de Iberia, «Montaña Roja» se levanta en las proximidades del faro de Pechiguera, en el extremo sudoccidental de Lanzarote. La aldea de Playa Blanca, cerca de Berrugo, y del castillo de las Coloradas, era el último reducto de la civilización. A partir de allí —y según el mapa— era necesario caminar hasta la cima del volcán.

Y mientras el reactor cruzaba la península, recordé mi encuentro con Rafa Gárate, en Madrid. Alguien, en la compañía Iberia, me había hablado de este piloto y de su experiencia con un ovni.

Si mal no recuerdo, aquella entrevista con el comandante de Santurce fue una de las primeras de la larga serie que he realizado con pilotos hispanos y de todo el mundo.

Gárate me recibió aquel día en su piso de la Avenida de América. Y muy pronto nos hicimos grandes amigos.

A pesar de su juventud, Rafa contabilizaba ya más de 20 000 horas de vuelo. Fue piloto de combate durante once años, pasando después a las líneas civiles, donde lleva otros diez. Por supuesto, no tuvo ningún inconveniente en relatarme lo que sucedió mientras volaba entre las islas de Lanzarote y Gran Canaria:

—Por aquellas fechas (1977), el mecánico de la compañía en Arrecife había alertado a casi todas las tripulaciones en torno a la aparición de un objeto muy luminoso que, sis-

temáticamente, cada noche, hacía acto de presencia sobre los montes próximos al aeropuerto.

»En una de aquellas ocasiones, uno de los comandantes, también de "DC-9" —Juanito Menaya Navarro—, pudo ver cómo salían de aquel objeto hasta catorce luces más pequeñas.

»Total, que aquella noche —prosiguió Rafael Gárate—, cuando nos disponíamos a despegar de Arrecife, rumbo a Las Palmas, entró en la cabina el sobrecargo. Y me preguntó si podía quedarse con nosotros. El hombre sentía curiosidad. Había oído hablar del dichoso ovni y pensó que a lo mejor lo veía desde la cabina del "DC-9". A las nueve y media de la noche —ya oscurecido totalmente— iniciamos la carrera para el despegue.

»Y nos fuimos al aire.

»En ese aeropuerto, como sabes, hay que virar enseguida hacia el mar. A corta distancia se levantan algunos montes y es preciso girar hacia la derecha mientras se va tomando altura. Y eso hicimos. Pero cuando estábamos cambiando la dirección para alcanzar el nivel o altura exigida, rumbo ya a Las Palmas, vimos una luz sobre las colinas y montes cercanos al aeropuerto.

»Era fuerte. Brillante. Yo diría que un poco ovalada. Se asemejaba a la forma de una lenteja.

»De pronto, la luz empezó a aproximarse al avión. Y aumentó de tamaño y de intensidad. Y se hizo grande como un balón...

—¿A qué altura volabais en ese instante?

—Como a unos 2500 pies^[1]. Seguíamos ascendiendo y rematando el giro.

Un ovni «escoltó» al «DC-9» del comandante Rafael Gárate desde Arrecife de Lanzarote a las Palmas de Gran Canaria. Abajo, a la izquierda, el ovni sobre las montañas próximas al aeropuerto. Arriba, a la izquierda el objeto se aproxima al avión de pasajeros. Abajo, a la derecha, el ovni sobrevuela al «DC-9» y se sitúa en el costado izquierdo del reactor. A partir de este momento siguió al avión de Iberia hasta Las Palmas.

«Precisamente al dar la vuelta fue cuando los tres —el segundo piloto, el sobrecargo y yo— descubrimos aquella luz misteriosa.

»Y el sobrecargo, con evidente nerviosismo, empezó a decir: “¡Comandante, comandante! ¡Mire, mire!”.

»Y el segundo, por su parte, me comentó: “¡Comandante...! ¿Qué hacemos?”.

»Aquello tenía su gracia. Normalmente, tanto el segundo como el sobrecargo se dirigen a mí por el nombre de pila. Pero esta vez no. Ambos me llamaban “comandante”...

»Y yo, que llevaba los mandos del “DC-9”, les respondí, tratando de tranquilizarles: “¡Pues no le miréis!”.

—¿Tú lo estabas viendo?

—Sí, claro. Y vi cómo se acercaba.

—Pero ¿no sentiste miedo?

—No. Sabía o intuía que «aquello» no podía hacernos daño. Si hubiera querido atacarnos, lo habría hecho mientras despegábamos.

—Entonces, ¿por qué crees que se estaba acercando a tu reactor?

—No lo sé. Quizá por curiosidad o para comprobar nuestras reacciones...

—¿Y qué pasó?

—El sobrecargo y el segundo piloto siguieron preguntándome que qué hacían. Y yo les dije que «le dieran luces».

«Mira que si van despistados», pensé para mí. Tanto Rafa Gárate como yo nos echamos a reír.

—Sí —puntualizó el comandante—, ya sé que era ridículo. ¿Cómo una nave con semejante tecnología podía ir «despistada»? Si nosotros volamos con un índice tal de instrumentos, ¿qué no llevarán ellos?

—Entonces, ¿tú crees que aquella luz podía ser una nave?

—Sí. Se comportaba «inteligentemente». Y era evidente que no estábamos ante un avión, o un helicóptero, o un meteorito. Verás.

»Al hacer los cambios de luces, la “luz” no avanzó más. Se mantuvo ya a la misma distancia. Pero la cosa no terminó ahí.

»Acto seguido ascendió en vertical y pasó por encima del avión, situándose a nuestro costado izquierdo. Y nos acompañó hasta Las Palmas.

»En total, más de 20 minutos de vuelo.

»Aquello era para impresionar, desde luego. El objeto se mantuvo a una misma distancia, volando en paralelo con nosotros y a idéntica velocidad que el “DC-9”. Es decir, a unos 750 kilómetros por hora. Su luz blancoamarillenta destacaba extraordinariamente.

»Te diré algo. Mentalmente intenté hacer alguna experiencia de tipo telepático. Yo había leído algo sobre esto...

—¿Y hubo respuesta?

—No. Al menos, yo no lo noté.

—¿Tú crees que los seres que podían tripular el ovni eran capaces de captar tus pensamientos?

—¿Por qué no? Si dominan semejante tecnología, la transmisión del pensamiento tiene que ser un juego para ellos.

Era emocionante que todo un profesional del aire —con más de 20 000 horas de vuelo— conservara su mente abierta...

El comandante Gárate debió de adivinar mis pensamientos, porque añadió:

—Sí, ya sé que no es frecuente creer en extraterrestres. Pero yo he visto «algo» que sólo puede ser asociado a una tecnología infinitamente superior a la humana.

—Ya sabes que algunos científicos hablan de las largas distancias interestelares y de la imposibilidad de contacto con otros mundos...

—Hablan de «nuestra» imposibilidad de contacto. Pero olvidan que en otros lugares de la galaxia puede prosperar una o mil civilizaciones que han superado esas barreras. ¿Te imaginas a Séneca, Platón o Aristóteles en la cabina del reactor que yo hago despegar cada día?

Estaba claro.

—¿Y qué ocurrió cuando llegasteis a Las Palmas?

—Poco antes de aterrizar lo perdimos. Al llevar a cabo la aproximación y entrar en nubes, el objeto desapareció.

—En suma, ¿cómo calificarías aquel fenómeno?

—Como un ovni. Y a título muy personal, como una nave ajena a la Tierra.

—¿Y no podrían ser rusos o norteamericanos?

—Tú sabes que no. Yo he pilotado aviones de combate —«Sabres» y los famosos «104» o «ataúdes volantes»— y sé las posibilidades de la aviación militar. Ni los más audaces aviones experimentales pueden desarrollar esas velocidades ni practicar semejantes giros y ángulos rectos en pleno vuelo.

Volví a ver a Gárate algún tiempo después de aquella primera entrevista con el comandante de Iberia. Y, al igual que ocurría ahora, con el caso de «Montaña Roja», me situó de nuevo tras la pista de otro apasionante suceso.



El comandante Rafael Gárate, con su familia. Su llamada me puso en marcha hacia «Montaña Roja» (Foto J. J. Benítez).

DÁTILES Y PASAS PARA TRES DÍAS

Mi corazón se aceleró al tomar tierra en Arrecife de Lanzarote.

Tras algunas averiguaciones con los mecánicos de tierra y con el oficial de tráfico, me dirigí hacia la localidad de Yaiza, al pie de las Montañas de Fuego de Timanfaya. Seguía dispuesto a permanecer varios días en la soledad del cráter, en espera de un posible descenso o aparición de los ovnis. Y aunque el tiempo previsto de permanencia en la caldera de «Montaña Roja» no era excesivo, sí necesitaba reunir algunas provisiones, así como, al menos, un saco de dormir.

Pero la noche terminó por cerrarme el paso. Y las ancianas y rojizas jorobas de los treinta cráteres del Parque Nacional de Timanfaya desaparecieron.

Mi descanso en Yaiza fue breve.

Con las primeras luces, y como tengo por costumbre en mis viajes, me adentré en las encaladas calles de la población. Y pronto tomé posiciones ante una renegrida mesa de madera de drago de una no menos oscura cantina.

La señora del lugar no tardó en extender ante mí un generoso plato de huevos con tocino, amparado por el inseparable gofio, el picante mojo y algunas lonchas de queso de cabra que rebosaban los límites de la bandeja.

Para regar aquel desayuno —digno de un miliciano de Juan Bethencourt—, una jarra de dorado vino de malvasía.

Era consciente de que aquélla iba a ser la última comida con un mínimo de dignidad y consistencia.

Y traté de aprovecharla.

Allí mismo, al amor del último cigarro, me informé del lugar más apropiado donde hacer acopio de algunos víveres. Y el ama me señaló el bar de Salvadora, a orillas mismo de Playa Blanca, frente a la isla de Lobos.

Al poco me encontraba de nuevo en la serpenteante ruta que cruza la Hoya, en dirección a las costas del Sur.

Me sentí feliz —casi como un niño— al reconocer el negro vivo del «malpaís», ese misterioso «musgo» que cubre los casi 200 kilómetros cuadrados de lava relampagueante de la zona. Un mundo mágico. Hechizado, diría yo, por los ojos amarillos y rojos de más de 20 volcanes apagados en los que sólo se mueven gaviotas y escorpiones.

E, intencionadamente, reduje la marcha de mi automóvil. Y fui descubriendo, a cada curva, las formas esqueléticas, nervudas y kafkianas de la escoria y lapillis apelmazados. Casi como interminables manos reseca asidas a la tierra...

Y a la derecha de la carretera, el mosaico blanco de las salinas de Janubio.

No tardé en divisar el pequeño caserío de Playa Blanca.

Allí, con la piedra pómez de la isla de Lobos al fondo, conocí «Casa Salvadora».

El propietario, no sin cierta extrañeza, fue reuniendo algunas viandas que le pedí: varias tabletas de pasas. Dátiles hasta llenar una fiambarrera de poco más de medio litro de capacidad. Y cinco botellas de café negro, sin azúcar.

Algunos de los vecinos que apuraban su sed en la cantina siguieron las idas y venidas del capataz con tanto interés como curiosidad. Pero ninguno llegó a preguntar la razón de aquel insólito acopio de víveres. Y en el fondo agradecí este gesto de prudencia. Deseaba llevar a cabo la experiencia en la más absoluta de las reservas. Al hecho —excitante en sí— de la espera en «Montaña Roja» quería añadir otra realidad no menos fascinante, al menos para mí. Quería conocer y anotar hasta las más nimias reacciones de una